

CRÓNICA DE LA CONQUISTA. 12 DE FEBRERO DE 1519 - 13 DE AGOSTO DE 1521

Juan José DE LAMA RODRÍGUEZ¹

RESUMEN

Breve y concisa crónica de los hechos sucedidos entre el 12 de febrero de 1519 y el 13 de agosto de 1521 durante la Conquista de México, desde la partida de la tercera expedición, enviada por el Teniente de Gobernador don Diego Velázquez de Cuéllar, de La Habana hasta la Toma de Tenochtitlán.

PALABRAS CLAVE: Hernán Cortés, Tercera Expedición, Armada, Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olíd, Jerónimo de Aguilar, Malintzin, Marina, Centla, Cempoala, Tlaxcala, Tenochtitlán, Moctezuma, noche, Otumba, Cuauhtémoc, sitio.

ABSTRACT

A brief and concise chronicle of the events that transpired from February 12th 1519 to August 13th 1521 during the Conquest of Mexico with the departure of the third expedition, sent by the Governor-lieutenant don Diego Velázquez de Cuéllar, from Havana to the Siege of Tenochtitlan.

¹ Historiador. Ingeniero industrial del ICAI.

KEY WORDS: Hernán Cortés, third expedition, Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olíd, Jerónimo de Aguilar, Malintzin, Marina, Centla, Cempoala, Tlaxcala, Tenochtitlan, Moctezuma, night, Otumba, Cuauhtémoc, siege.

* * * * *

Desde junio de 2017, represento al Capitán General en la red social Twitter en la cuenta @HernnCortes, donde escribo el diario de campaña de la Conquista de México con todas las incertidumbres de cada momento en el que hay que tomar una decisión, con sus dudas y miedos, día a día, efeméride a efeméride, exactamente cinco siglos más tarde, en un hilo que ya lleva más de dos años iniciado y basado en los textos que sus auténticos protagonistas nos dejaron de la gran gesta de Hernán Cortés y de sus hombres y que sólo guardan en común que todos fueron escritos bastante más tarde de suceder los hechos, con lo cual la memoria se desvirtúa en todos y las interpretaciones personales y la amnesia selectiva entran en juego.

Sabemos que México no existía en 1518, pero era una de las tres ciudades a orillas del lago que formaban la Triple Alianza de los mexicas en el valle del Anáhuac; México-Tenochtitlan, Tlacopán (hoy Tacuba) y Texcoco, y que se usó como sinécdoque para denominar al territorio separado de España en 1821, cuando dejó de ser parte del Virreinato de Nueva España y empezó a caminar solo. Pero también sabemos que nos resulta más sencillo usar su nombre actual para referirnos a ese territorio.

Entre esos escritos, los primeros son los redactados por el Capitán General, sus cinco Cartas de Relación escritas de puño y letra entre 1519 y 1526, enviadas a la reina Juana de Castilla y al rey Carlos (elegido más tarde Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico en octubre de 1520, hace pues quinientos años también) y que eran memorándums oficiales de las acciones realizadas. El lenguaje es muy formal y las adulaciones al rey, los adornos, exageraciones y ocultaciones varias, son los propios de un documento oficial (como aquél que enviamos a nuestro responsable en el trabajo y en el que tratamos de no dejarnos demasiado mal o el que recibimos de nuestro hijo cuando no quiere que le castigues después de un cristal roto) y que, sorprendentemente para tratarse de informes secretos de estado, fueron impresos, publicados y vendidos a todo el público que pudiese permitirse la compra de un libro (muy pocos). Más tarde, ya bajo el reinado de Felipe II,

fueron censuradas como todas las obras que glosaban nuestra tarea en Las Indias y tantas otras.

Su confesor, Francisco López de Gómara, a la muerte del Capitán y sin haber viajado jamás a Las Indias, decidió escribir la Historia General de las Indias glosando su figura con la honrada intención de que sus fatigas y esfuerzos no fuesen olvidados. La inoportunidad de dedicar su obra a su hijo Martín Cortés Zúñiga (no confundir con el otro Martín el Mestizo, que tuvo con doña Marina), segundo Marqués del Valle de Oaxaca, y no a S.M. Felipe II quizá fue una de las razones por las que inmediatamente se prohibió su difusión.

Prohibición que, por suerte para todos, no impidió que Bernal Díaz del Castillo, soldado a las órdenes de Hernán durante la Conquista de México (y antes a las de Velázquez de Cuéllar en la Conquista de Cuba, participante en las expediciones de Hernández de Córdoba y de Grijalva y, después de Cortés, con sus propias responsabilidades en Guatemala) alcanzase a leer, ya octogenario, una copia de la obra de Gómara. Su lógica indignación ante lo que leyó no era sino una hagiografía del Capitán y olvido de todos los demás hombres, le empujó a publicar su propia historia, La Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, escrita desde el punto de vista del soldado en campaña. La viveza de sus recuerdos, la multitud de detalles y sus cambios de estilo, nos hacen suponer que tenía escritas sus hechos de armas, su hoja de servicios, sus memorias, y casi que los pasase a limpio como crítica de la obra de López de Gómara. Desde mi punto de vista, Bernal fue uno de los precursores de los reporteros de guerra. Su relato es sincero, muy a menudo crítico con Cortés y sus decisiones, y cuenta además con el don de la ubicuidad; Bernal cuenta hasta los hechos en los que él no está presente, razón de más para tildarle de periodista cubriendo el frente; sacaba información de los verdaderos protagonistas.

Están después los escritos de Bartolomé de Las Casas (exagerados porque buscaban impresionar al Emperador y malentendidos o, mejor, aprovechados por los enemigos para basar en él su propaganda), los Códices Coloniales, Motolinia y Fray Bernardino de Sahagún, que aún desvirtúan más la memoria de los hechos, al basarse en los testimonios de algunos presuntos testigos de los hechos.

La situación en Las Indias en 1514 es la siguiente; el almirante y gobernador de las Islas del Mar Caribe, don Diego Colón ha sido llamado a la Corte del rey Fernando el Católico para dar cuenta en un Juicio de Residencia por su mala administración de las islas. Mientras dura el juicio, el cardenal Cisneros ha enviado a la isla de La Española como sustitutos a cuatro frailes jerónimos; Luis de Figueroa, Bernardino de Manzanedo, Alonso

de Santo Domingo y Juan de Salvatierra. Como la mala gobernanza de los hermanos Colón ha dejado las islas e indios en muy mala condición por la codicia de los españoles, las enfermedades y la poca costumbre al trabajo de los naturales, además de no hallar en ellas todo el oro que se esperaba, ya se había empezado a pensar en buscar nuevas tierras.

La primera expedición (aventura completamente privada con el permiso de la Corona y la obligación de evangelizar y reservar un quinto de todo lo obtenido para el rey), en febrero de 1517, de Hernández de Córdoba, recibe permiso para ir a buscar indios esclavos a otras islas. El objetivo no declarado es hallar nuevas tierras y fundar plaza, por orden verbal del Diego Velázquez de Cuéllar. Dos navíos y un bergantín, con el piloto Alaminos, que llegase a Las Indias como grumete en el cuarto viaje de Cristóbal Colón, llevase a Ponce de León a descubrir la Florida y descubriese la Corriente del Golfo. Entre los hombres que le acompañan está Bernal Díaz del Castillo, que anda ocioso y enfadado en la isla con otros cien soldados a los que Velázquez no ha dado ni encomienda ni indios. La expedición es un completo desastre que a su vuelta a Cuba arroja cincuenta y siete españoles muertos y sólo se anota el éxito de traer dos indios, Julianillo y Melchorejo, que más tarde se usarán como lenguas (traductores maya-español). Velázquez insiste con una segunda Armada y le da el mando a su sobrino, Juan de Grijalva, con las mismas instrucciones oficiales por escrito y oficiosas (quiere poblar, pero no tiene permiso) de forma verbal.

En abril de 1517 sale de Cuba esa segunda expedición, con dos de las naves de Hernández de Córdoba (que ha muerto a su regreso a Cuba a causa de sus heridas) y otras dos más. Con él ya van varios personajes importantes de lo que pasará después; de nuevo, el piloto Antonio de Alaminos, Francisco de Montejo, Pedro de Alvarado, Alonso de Ávila y Bernal Díaz del Castillo. Descubren la isla de Cozumel y costean la península del Yucatán (la consideran isla) hasta Tabasco. Hallan las primeras señales de la realización de sacrificios humanos y los locales les hablan de una tierra en el interior llamada Culúa (Tenochtitlan), les regalan oro y dicen que allí hay mucho más. Suficiente motivación para hacer una expedición. Pero Grijalva no está por la labor de explorar, alega que eso no está en sus órdenes, hay fuertes discusiones entre los españoles y opta por ordenar (quitarse de encima) a Alvarado que se adelante con el oro rescatado de regreso a Cuba. Allí, Velázquez estaba ansioso por saber qué era de su sobrino y ya había enviado una carabela de rescate a las órdenes de otro futuro protagonista, Cristóbal de Olid, pero ésta hace agua y casi tiene que ser rescatado el rescatador. Cuando llega Alvarado con el oro y las noticias de esas tierras del interior con mucho más oro, a Velázquez le falta tiempo para organizar la tercera

expedición, tantea a varios familiares que declinan la invitación... hasta que se acuerda de Hernán Cortés.

De su infancia y juventud en la península, poco se sabe. Que, con siete años, vio marchar a los judíos al destierro. Que, no pudiendo entrar a servir al castillo de los condes de Medellín -su ciudad natal-, sus padres le enviaron unos años a la Universidad de Salamanca donde no acabó de acabar los estudios de Leyes. Que luego dudó entre pasar a Italia a las órdenes del Gran Capitán (hubiese llegado a tiempo de participar a las órdenes de don Gonzalo Fernández de Córdoba en Cerignola) o embarcarse hacia Las Indias. Que sus devaneos con las faldas le costaron un buen talegazo en Sevilla que le dejase en cama y le hiciese perder la flota de Indias. Que por esa razón llegase tarde a algunas de las expediciones del momento a Tierra Firme (actual Colombia). Su tío lejano, don Francisco Pizarro (futuro conquistador del Perú) ya estaba muy activo a las órdenes de Pedrarias. Pero eso es otra historia.

Sí sabemos mejor que llegó a Las Indias a tiempo de participar en 1511 en la Conquista de Cuba, junto a Pedro de Alvarado y Pánfilo de Narváez, y que fue nombrado secretario del gobernador Diego Velázquez y también alcalde de Santiago. Que explotó una encomienda de ganado con su amigo Juan Xuárez (más tarde su cuñado, al casarse obligado por Velázquez con Catalina, su hermana), que fue agricultor y ganadero, halló oro en Cuanacan, se hizo rico, se convirtió en naviero importador/exportador en la ruta Sevilla-Santiago, que estuvo a punto de morir ahogado en el mar y fue rescatado por unos indios, que tuvo una hija mestiza, Leonor. Y que empezó a tener serios roces con Velázquez que le llevaron a ser encarcelado varias veces, huyendo en algunas ocasiones y siendo perdonado las demás.

El caso es que Velázquez le ofrece el mando de esa tercera expedición, le da las mismas órdenes que a los dos mandos anteriores y firma unas capitulaciones en octubre de 1517 que cumplirá escrupulosamente... hasta la fundación de la Villa Rica de la Veracruz. Como Velázquez sigue sin tener potestad para enviar una misión para poblar (y, en el fondo, tiene mucha prisa porque está compitiendo con Francisco de Garay, gobernador de Jamaica) le ordena ir a rescatar a Grijalva (ya había vuelto) y a Olid (ídem) y a los españoles que se sabe naufragados en el Yucatán (lo hará), cartografiar la costa (ídem), investigar gentes, plantas, animales, cruces que se han visto en tierra (ídem), recoger todo el oro posible (ídem), expandir la Palabra y añadir tierras a la corona (ídem). No hay encontramos ningún pero a su cumplimiento... hasta la fundación de la Villa Rica de la Veracruz.

Cuando anuncia la próxima expedición y la oportunidad de enganche por toda Cuba, es tal el revuelo, que Velázquez, mal aconsejado por los que

le rodean, decide retirarle el mando. Antes de que le quiten la Armada que ha pagado de su propio bolsillo, vendiendo o pignorando todo su patrimonio, huye de Santiago con apenas lo que ha podido reunir junto a los capitanes Morla y Ordás. Hace escalas en Macaca, Trinidad (donde tiene la suerte de encontrar a los cinco hermanos Alvarado, Alonso Dávila, Francisco de Montejo, Juan de Escalante, Cristóbal de Olíd, Gonzalo Sandoval, Alonso Hernández de Portocarrero y Juan Velázquez de León), sale luego hacia La Habana (que no estaba donde está ahora al norte de la isla, sino al sur), y llega allí el último porque su nave capitana Santa María de la Concepción vara en unos bajíos y tarda varios días en reflotarla. En La Habana, evita de nuevo ser detenido por Velázquez gracias a sus amistades, termina de conseguir bastimentos y matalotaje y de formar a la tropa. Larga por fin amarras hacia la aventura el 12 febrero de 1518. Once naves. 550 hombres de guerra y marineros. Dieciséis caballos. Treinta y dos ballesteros. Trece escopeteros. Cuatro tiros de bronce. Cuatro falconetes. Y poco más.

Antes de meterme más en harina, ya les indico a Uds. que usaré las fechas indicadas en los escritos de los testigos de los hechos y les ahorraré la absurda corrección de los diez días que nunca existieron de 1582, tan de moda actualmente, cuando se cambió el calendario juliano por el gregoriano. Por cierto, otra aportación española a la Historia, pensada en la Universidad de Salamanca y objeto de dos informes en 1515 y 1578, que todos los países del mundo adoptasen pronto o tarde.

En ese momento, la experiencia de Cortés al mando de una tropa es nula. Su participación en combate durante la Conquista de Cuba es poco menos que discreta. Sin embargo, en seguida va a demostrar tener una gran capacidad de mando y ser un gran líder, va a aplicar exquisita diplomacia tanto con los indígenas como con los españoles (no todos están con él), no le va a temblar el pulso cuando sea necesario mostrarse duro y tampoco le va a faltar la buena suerte que parece rodear a todos los gigantes de la Historia Universal. Su guía es meramente espiritual (no hay otra a principios del XVI) y sus objetivos bien claros; reconocimiento social en forma de títulos otorgados por el Emperador (ha pasado hambre de niño en Extremadura) y riquezas obtenidas a través de los hechos de armas; Dios, gloria y oro. Sin embargo, después de vivir la crisis por la forma de conquistar y explotar las Antillas por los hermanos Colón, aplicará una nueva forma de conquistar a través de la diplomacia, los pactos y la pluma. Reconquista 2.0.

Aunque así de pronto nos parezca sencillo, siempre se nos olvida que un Conquistador español era un hombre que evangelizaba, que buscaba gloria y oro, cuyo viaje a Las Indias había sido aprobado por la Casa de Contratación de Sevilla por sus capacidades y excelente forma física (Miguel

de Cervantes quiso ir más tarde y fue rechazado por manco), que moría ahogado en medio de una tempestad en el océano, de hambre, de fiebres, deshidratado, envenenado por comer o ser picado por insecto o ser flechado por indio, desmembrado, con el pecho abierto tumbado sobre la piedra de sacrificios viendo aún su propio corazón palpitante en la mano del sacerdote, apedreado o asesinado por sus codiciosos compañeros de viaje. No, el negocio no era sencillo. Sólo unos pocos, muy curtidos y afortunados, consiguieron ser recordados.

Nada más llegar a Cozumel castiga a Alvarado por adelantarse a la armada, desobedecer y robar comida en las aldeas y también tiene el primer golpe de suerte; encuentra a Jerónimo de Aguilar. El milagro (1º) es mutuo; Cortés gana una lengua (traductor de maya-español) que le será muy útil y Jerónimo es rescatado. Es licenciado y sacerdote y volvía hace siete años del Darién a Jamaica, cuando la nave en la que viajaba junto a su madre naufragó. Los agotados supervivientes fueron devorados en la misma playa por los cocomes. Sólo se salvaron él y Gonzalo Guerrero, un antiguo soldado de los Tercios de Italia que después emparentó con los mayas, casó con una princesa maya y tiene varios hijos (es el padre del mestizaje), es su capitán de guerra y no tiene ninguna gana de ser rescatado, es tal su inculturación que parece uno de ellos, tatuado, con bezotes. Cuando Jerónimo le cuenta que ha recibido unas cartas de la costa indicando que vienen a rescatarle, se lo cuenta a Gonzalo, pero este rechaza la oferta de irse juntos y le indica que prefiere quedarse (muchos años más tarde morirá luchando contra los españoles de Montejo que trataban de conquistar el Yucatán).

Cortés sigue costeano el Yucatán, siguiendo la misma ruta conocida por el piloto Alaminos de sus viajes con Hernández de Córdoba y Grijalva. Desembarca en Potonchan y asume el mando de su primera acción de guerra, que le sale bien al principio, aunque los indios se reagrupan y le presentan batalla dos días más tarde en Centla, en la primera ocasión en la que los caballos intervienen en combate en América en la Historia. Funda la ciudad de Santa María de la Victoria, pero se pierde en la Historia. Pero lo mejor del momento está por llegar; entre las mujeres que les regalan (los indios se extrañan de que los españoles no lleven mujeres con ellos que les cocinen o laven la ropa) llega Malinalli, Malintzin, a la que se bautiza como doña Marina, una de las veinte mujeres que le regalan. Era hija de los caciques de Painalá; cuando su padre murió, ella era muy niña, su madre se casó con otro cacique y tuvieron un hijo y, como querían darle a éste el cacicazgo, la niña de pronto les estorbaba. Una noche la vendieron a unos indios de Xicalang y echaron fama de que se había muerto. Los de Xicalang la vendieron a los de Tabasco y éstos la regalasen a Cortés después de la batalla de Centla. Más

que nada, por situar las cosas en su justo contexto, que luego los mexicanos de hoy van diciendo por ahí que les traicionase y tal ¿cómo puede traicionar alguien que ha sido vendida por su propia madre?

Este milagro (2º), auténtica piedra angular de la Conquista, no muestra sus excelentes virtudes inmediatamente, sino que tarda unos días más, cuando la Armada llega a San Juan de Ulúa, donde Jerónimo es incapaz de entenderse en maya con los indios que se acercan con sus canoas a las naves españolas y le hablan en náhuatl. Marina, muy lanzada, les habla directamente en su idioma y le traduce al maya a Jerónimo que traduce al español a Cortés. La doble traducción náhuatl-maya-español le asegura (eso es mucho decir) la comunicación. Esto le abre la puerta a Cortés a obtener inteligencia y a aplicar la diplomacia; puede entender la fragmentada situación de los pueblos subyugados a Moctezuma y su odio a los mexicas y le ayuda a ofrecer alianzas de protección mutua a cambio de vasallaje al rey de España, para ganar aliados contra ellos.

Sin Marina, nunca hubiese habido Conquista. O sí, pero mucho más larga, penosa y sangrienta.

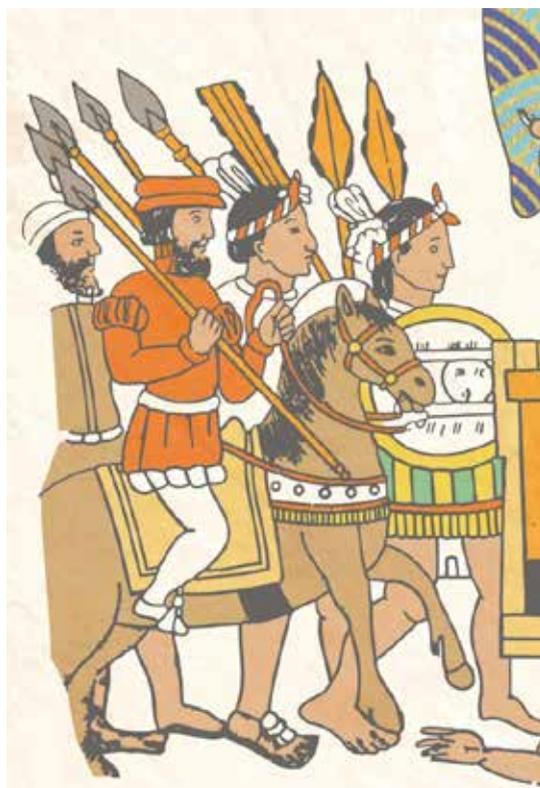
Con la ayuda de las lenguas, Cortés va a poder jugar a dos barajas con los totonacas de Cempoala y mexicas y va a conseguir que los primeros se rebelen contra Moctezuma, engañándoles para capturar a los recaudadores de impuestos de los segundos, para luego liberarlos, acusar a los primeros y obtener el favor del Terrible Señor. Ya va llegando el oro a la costa en forma de regalos. Se les pide más.

Los españoles que van con él ya están nerviosos, exigen ver las órdenes. Comprueban que no están autorizados a poblar, que han sido engañados por Hernán y se amotinan. Cortés lo reconoce y ordena regresar a Cuba, mientras conspira con sus amigos para fundar un Cabildo y así saltarse la autoridad de Velázquez (del libro de las Siete Partidas de Alfonso X el Sabio, durante la Reconquista). Consigue su objetivo, se funda la Villa Rica de la Veracruz (habían puesto por primera vez el pie en la playa de San Juan de Ulúa el Viernes Santo de 1519) y los regidores nombrados por él, le devuelven el cargo de capitán General. El plan es perfecto; ha puesto negro sobre blanco lo que aprendió de joven en Salamanca y luego bajo las órdenes del mismo Velázquez durante la Conquista de Cuba. Es advertido de una conspiración para matarle y desertar a Cuba (prueba de que es bien considerado por la tropa), se detiene a los cabecillas, se les juzga por deserción y cuelga o mutila. Esta brutalidad aplicada entre españoles nunca es denunciada por los indigenistas de hoy día, que sólo se quejan de las aplicadas sobre los locales. La ejecución de las sentencias parece tranquilizar a los demás pero, por si acaso, se barrenan las naves para evitar nuevos intentos. El mito de la

quema de las naves, es eso, un mito. Cortés las inutiliza para que no puedan ser usadas, después de retirar las velas, timones, portulanos y cartas de marrear, y deja que los cascos, vacíos, varen en la arena y las olas las desguacen lentamente. El manco de Lepanto, ya que antes hemos hablado de él, lo tenía tan claro que lo dejó escrito en 1615 en la segunda parte de El Quijote;

¿Quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo?

Una de las naves, la que está en mejor estado, parte a Sevilla con Alaminos, Portocarrero y Montejo, que llevan a la reina doña Juana y su hijo el rey Carlos todo el oro rescatado y la carta del Cabildo de la Villa Rica de la Veracruz) y se pone en ruta hacia Tenochtitlan llevando a enviados mexicas integrados como guías de su columna.



**Fragmento lámina n° 42 del Lienzo de Tlaxcala. Ejército hispanoindígena.
Dibujo de Alejandra Rodríguez**

De camino, gana tres batallas a Tlaxcala -la última, extraña, de noche- que les toman por enemigos al ver a mexicas entre ellos. Se detectan espías entre la tropa, se les detiene y amputa las manos, otro castigo habitual en la época. Cortés les convence de que no son sus enemigos, que su objetivo es llegar a Tenochtitlán. El cacique tlaxcalteca Xicoténcatl el Viejo, ciego, le jura vasallaje y le da guerreros para continuar y mujeres que se casan con sus capitanes y soldados. En varias ocasiones llegan embajadores mexicas con ingentes cantidades de oro de regalo con el mensaje de que no vaya a Tenochtitlán, que no hay nada allí para él y sus hombres, que ni siquiera les puede recibir como se merecen. El oro recibido, lejos de ser calmar su ansia, es un mayor estímulo para continuar. Se descubren en cada pueblo que visitan jaulas con prisioneros para ser cebados, sacrificados y comidos. Son soltados siempre. Diego de Ordás escala la sierra entre los volcanes Iztaccihuatl y Popocatepetl y es el primer español que así ve a la gran Tenochtitlan flotar sobre el lago, toda ella de plata. La duda ahora es por donde bajar al llano, Cholula o Huejotzingo. Cholula es la oferta que le hacen los mexicas y Cortés acepta, sabedores de que es una ciudad amiga de Tenochtitlan y que tiene una guarnición cercana, a la que se advierte de preparar una trampa. Un nuevo milagro (3º) sucede; al llegar a la ciudad una anciana advierte a Marina de que es una trampa y van a matar a los españoles, ésta se lo cuenta a Cortés, que comprueba junto a sus capitanes que la ciudad ha sido evacuada de mujeres y niños, las calles rellenas de trampas para destripar a los caballos y las azoteas guardan buen acopio de piedras. A una señal, mientras los jefes locales son retenidos para evitar que impartan órdenes, las tropas españolas se abaten sobre la escolta que presuntamente les llevaría hasta Moctezuma pero que en realidad les guiaba a una trampa. Los tlaxcaltecas, estacionados fuera porque les habían prohibido la entrada, acometen con la furia de cobrarse afrentas pasadas (la última, de hace sólo unos días; enviaron un embajador a parlamentar y le desollaron los brazos y le arrancaron la cara) y arrasan la ciudad. De la guarnición mexica estacionada cerca jamás se supo nada, abandonaron Cholula a su suerte después de exigirles intervenir. Este hecho de armas es frecuentemente empleado en la Leyenda Negra mostrándolo como una acción de crueldad gratuita, como una imperiosa necesidad de Cortés de mostrar una crueldad innecesaria en aras de emplearla como un aviso a los demás pueblos... obviando que, llegados a este punto, las tropas ya eran mixtas porque se habían alcanzado pactos. No tenía ninguna necesidad de realizar un escarmiento.

Llega el día más esperado. Después de rechazar otras ofertas para dar la vuelta (¿y quién iba a hacerlo teniendo la meta a la vista?), Moctezuma y Cortés se encuentran frente a frente en la calzada de Iztapalapa el 8 de

noviembre de 1519. Dos continentes, dos culturas que se ignoraban mutuamente hasta ese momento, por fin se miran a los ojos. Ese día está escrito con letras de oro en el Libro de la Historia.

Los españoles y los aliados tlaxcaltecas, en formación de columna, entran inadvertidamente en una trampa mortal; una ciudad construida sobre un lago a la que se accede a través de calzadas que se cortan fácilmente al retirar sus puentes de madera. Son alojados en los palacios del fallecido padre de Moctezuma, Axayácatl. En la primera ocasión en al que se trepa las gradas de los templos, aparte de descubrir toda la crueldad de los sacrificios, también se determina la extrema debilidad de su posición dentro de la ciudad. Ello sumado a la llegada de las noticias del ataque a Nautla y muerte de Escalante, mueven a invitar amablemente a Moctezuma a residir con los españoles; escudo humano y seguro de vida, todo en uno. El audaz golpe, totalmente inesperado por alguien al que ni siquiera se le podía mirar a la cara debió de ser impactante y traumático. En las siguientes semanas, el emperador desarrolla lo que hoy llamaríamos síndrome de Estocolmo; juega con sus captores, busca su amistad por medio de regalos. Los responsables del ataque a la guarnición española son detenidos y entregados a Cortés, que juzga y quema en la plaza del templo mayor al capitán Cuauhpopoca, para espanto de los mexicas. Los meses seguidos son empleados en determinar de dónde vienen las riquezas a la ciudad y la comisión de varias expediciones para encontrar los sitios, todo el valle del Anáhuac está bajo control. Se construyen cuatro bergantines para navegar el lago y cartografiarlo y llevar a Moctezuma a cazar aves a las islas (en secreto, se trata de una posible ruta de evacuación de la tropa por si vienen mal dadas). Hasta que en abril de 1520 llegan noticias de la costa, han llegado naves (quizás de Velázquez), y Cortés parte a hacerse cargo del asunto en persona, dejando a Alvarado (para los locales, Tonatiuh; su pelo rubio y medio pelirrojo les recuerda al Quinto Sol) al mando de una pequeña guarnición de españoles y los tlaxcaltecas.

Hernán cabalga hacia la costa, aunque envía emisarios por delante para detectar y encontrar a posibles amigos, que son comprados con oro y así traicionan al enviado de Velázquez, Pánfilo de Narváez. La pelea se produce una noche lluviosa entre las tropas de Cortés y una disminuida tropa de Narváez, que es capturado y hasta pierde un ojo. Cortés ofrece a las tropas derrotadas incorporarse a sus filas, que aceptan. Narváez, que ha traído inadvertidamente un maldito aliado microscópico con él (la viruela, que hará auténticos estragos entre los locales) aún pasará unos años encerrado hasta que el gobernador de Jamaica, Francisco de Garay, medie por él y le dejen volver a Sevilla. Allí ofrece sus servicios de nuevo al emperador Carlos, que le ordena partir en misión secreta y encontrar la fuente de a eterna juventud

en La Florida. Le acompaña un tal Álvaro Núñez Cabeza de Vaca (familiar de aquél otro de Las Navas de Tolosa), sufre lo indecible por los Apalaches, no encuentra las naves a la vuelta a la costa, decide construir unas balsas y se ahoga con ellas en medio de una tormenta cerca de lo que hoy es Galveston, TX. Álvaro sobrevive para regresar a pie hasta Nueva España recorriendo todo el golfo de México durante ocho años en los que, después de muchas peripecias, se encuentra a otros tres supervivientes. Pero esta es otra historia que les dejó a Uds. escrita su mismo protagonista en *Naufragios*.

Mientras aún celebra haber conjurado el problema y el refuerzo obtenido al incautar todos los barcos, hombres, caballos y armas, le llega una terrible noticia; algo impensable ha sucedido en la ciudad del lago. La guarnición al mando de Alvarado está rodeada sin comida desde hace casi un mes, hay disturbios graves en la ciudad y Pedro le reclama angustiosamente su ayuda.

Recordemos que, al partir apresuradamente a detener la amenaza de Narváez, Cortés había dejado a Alvarado con ochenta soldados, tiros y pólvora, catorce escopeteros, ocho ballesteros, cinco caballos y todos los guerreros tlaxcaltecas. Desde el momento justo de la partida de Hernán, Pedro se vio sometido a una brutal presión por parte de los mexicas y a otra brutal manipulación por parte de los tlaxcaltecas. Los primeros, pidiéndole permiso para celebrar la fiesta del Tóxcatl, la cosecha del maíz que, como todas las fiestas mexicas, acababa con algún sacrificio humano. Cortés había prohibido tales atrocidades, pero los mexicas engañaban a Alvarado diciendo que no lo iban a hacer mientras hacían todos los preparativos para hacerlo. Los segundos apremiándole a adelantarse (como en Cholula) antes de que los matasen. Sea como sea, durante la celebración, el retén de españoles y sus aliados se llevan por delante a la flor y nata de la aristocracia mexicana. Tras ejecutar la matanza, tuvieron que refugiarse a toda prisa en el real, en el palacio de Axayácatl, desde donde enviaron varias canoas con mensajes de socorro a Cortés. Si querían huir en los cuatro bergantines, mal iban, habían sido quemados.

A partir de esta catástrofe, ya nada fuese igual. Los pactos y alianzas, la frágil convivencia entre mexicas, españoles y aliados salta por los aires. Llega la guerra que nunca debió llegar. Los acontecimientos se van a desbocar durante las dos siguientes y fatídicas semanas, exactamente las que van del día de San Juan Bautista al de San Fermín.

Hernán vuelve a uña de caballo desde la costa a Tenochtitlan con mil trescientos soldados, noventa y seis caballos y ochenta ballesteros y otros tantos escopeteros. Bastante más fuerzas que cuando llegó a la playa porque ha sumado a la hueste todos los hombres de Narváez, que han oído la

palabra oro. La entrada por la calzada de Iztapalapa, la misma de la entrada triunfal del pasado mes de noviembre, esta vez es ominosa. Cortés está entrando voluntariamente, por honor, a rescatar a sus hombres atrapados. En la cabeza, seguramente, lleva la idea de reconducir la situación, de restañar las heridas, de usar a Moctezuma. Podemos imaginar la bronca descomunal que debió soltarle a Alvarado; todos los esfuerzos de paz y concordia tirados por los suelos por culpa de tu cabeza loca y tu falta de sangre fría, Hernán, ya me hubiese gustado verte aquí en ese momento, nos iban a matar y sacrificar, hice lo mismo que hicimos en Cholula... No, Pedro, no te confundas, allí las señales eran muy claras y el lugar no era una maldita ratonera rodeada de agua.

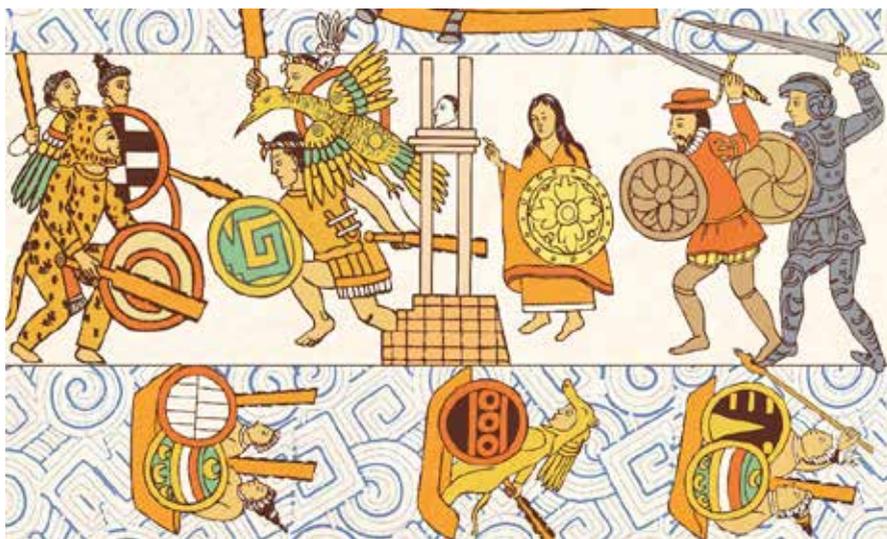
Hablar con el cautivo emperador no mejoró mucho las cosas, tras haberle exigido hace meses la entrega de Cuauhpopoca por el ataque a Nautla y muerte de Escalante y ser ajusticiado, Moctezuma le viene a pedir que les entregue a Alvarado para aplicarle la misma justicia ¿permitir que le sacrifiquen? Eso está fuera de toda cuestión, no, ni de broma.

El Emperador se ofrece entonces a dirigirse a su pueblo para pedirle calma y pide permiso a Cortés para hablarle a él desde la azotea del palacio. Hernán accede confiado y sucede la catástrofe. El pueblo, harto de la connivencia de Moctezuma con el invasor y de su falta de liderazgo para exigir justicia por las muertes producidas por Alvarado, ya había elegido a Cuitláhuac -hermano de Moctezuma- como nuevo líder, se rebela, le grita, le tiran piedras al Terrible Señor, impactándole en la cabeza, haciéndole saltar la tiara en mil pedazos, en el costado y en la pierna. Tras haber sido capturado por Cortés, ninguneado por los españoles y vilipendiado y apedreado por su gente, ya no le resulta atractiva la vida y se deja morir. Cortés, en un grave error de cálculo, se queda sin escudo humano y seguro de vida. Hay que salir de allí como sea ¿alternativas?

Se hacen varias salidas a caballo a las bravas y son todas rechazadas. Se despejan las calzadas llenas de guerreros con la artillería, sólo para ver cómo vuelven a llenarse de una masa compacta de mexicas cada vez más decidida a capturar a los españoles. La única opción posible acordada con los capitanes es hacer una salida nocturna (los mexicas no combaten tras la puesta de Sol) por la calzada más corta a tierra firme, una legua, seis kilómetros, hacia Tacuba. Lo peor del asunto, que si salen vivos de las calzadas, estarán al otro lado del lago y tendrán que rodearlo para llegar a la seguridad de Tlaxcala, veintitrés leguas, ciento cuarenta kilómetros, si es que los aliados no les traicionan.

Como en las cabalgadas diurnas se ha observado que los puentes han sido retirados y las profundas zanjas son imposibles de saltar, se arrancan las

vigas cargaderas de las puertas del palacio y se fabrica con ellas un puente portátil para salvar las tajaduras; una vez pase la columna se sacará para llevar a la siguiente (son tres hasta tierra firme). Se separan los quintos del rey y del Capitán General del tesoro que se ha podido reunir y Cortés les ofrece a los soldados que cojan lo que quiera y pueda portar cada uno. La avaricia de los recién llegados (hombres de Velázquez) rellena demasiado sus ropas. Los veteranos han elegido llevar alguna cadena, anillos y pulseras, más ligeros.



Fragmento lámina n° 45 del Lienzo de Tlaxcala.

Huida de los españoles de Tenochtitlan. Dibujo de Alejandra Rodríguez

Tres secciones se preparan; Sandoval y Quiñones en vanguardia con doscientos soldados, veinte de a caballo, Marina, doña Luisa, Díaz y Olmedo. También Magariño con cuarenta hombres y la puente portátil. En el centro, con Hernán, el grueso, Ordás, Dávila y Olíd, cien peones (para acudir a donde se les necesite), los prisioneros (familiares de Moctezuma), la yegua con el quinto real y los tlaxcaltecas. En la retaguardia, en la posición de más peligro, Velázquez de León y Alvarado, porque así se lo solicitaron.

Graniza antes de ponerse el Sol y más tarde llueve fino, dejando la calzada embarrada. Es noche cerrada cuando la columna de miles de hombres y decenas de caballo y carros se pone en marcha. Imposible no ser oídos. Llegan a la primera tajadura y encajan el puente, las tres secciones lo pasan sin dificultad. Cuando tratan de recuperarlo, ha quedado tan fuertemente enclavado en la blanda tierra que hay que abandonarlo; habrá que

saltar el segundo y tercer corte como se pueda. No hay tiempo para pensar nada, se le echan encima miles de canoas de mexicas vociferantes (esos que no combatían de noche, ¿se acuerdan?). La leyenda mexicana nos habla de la anciana que da la alarma. Pamplinas, es evidente que Cuitláhuac ha esperado el mejor momento para hacerlo; la columna se encuentra entre dos tajaduras, aislada totalmente, rodeada de agua, y es masacrada a conciencia, es un sálvese quien pueda. La segunda zanja se cruza sobre petates, cadáveres de españoles, caballos, mexicas, tlaxcaltecas. La tercera, menos profunda, se vadea fácil. Cortés se detiene a hacer recuento y ve sólo una tercera parte de sus hombres, unas decenas de tlaxcaltecas y veintitrés caballos. Ni tiros, ni pólvora, ni arcabuces, ni ballestas, ni oro. Regresa al comienzo de la calzada para ver a Alvarado que, herido, logra saltar la última zanja con una garrucha. Cortés está descompuesto y se deshace en lágrimas al ver el alcance de la catastrófica evacuación, pero no hay tiempo para detenerse, puede iniciarse la persecución en cualquier momento. Pregunta sólo por unos cuantos; Alvarado, Olid, Sandoval, Ordás, Tapia, Dávila, Grado y Rangel, las lenguas, Marina y Jerónimo y el carpintero de ribera Martín López, herido grave. Parece que ya tiene algo en mente; *“Vámonos, que nada nos falta”*.

Afortunadamente, Cuitláhuac les da un respiro y les deja reagruparse, está ocupándose de masacrar a los mexicas colaboradores de los españoles y de rodear y capturar a la tercera sección que, viendo imposible avanzar por la calzada, ha decidido retroceder y refugiarse en el palacio de Axayácatl. Es del todo imposible ser socorridos y aguantarán ahí tres días pero, finalmente, serán todos capturados y sus pechos abiertos con el cuchillo de obsidiana en la piedra del Templo Mayor.

Cuando se inicia la persecución, el hostigamiento de los escuadrones mexicas no cesa; lanzan con sus hondas, varas y flechas y rara vez fallan. Español que se retrasa, por las heridas y el cansancio, es inmediatamente capturado sin que los demás puedan hacer nada por él. Quedan trescientos cuarenta españoles cuando en una emboscada les matan a dos hombres y un caballo. Consiguen repelerla con éxito y aprovechan para comerse hasta el pellejo del animal. A trece leguas de Tlaxcala, el ejército que les persigue desde hace días por fin les da caza; miles de túnicas blanquean la ladera del monte como nieve, los penachos rojos de sus capitanes son bien visibles. Cortés ordena detenerse y agruparse, formar la caballería al frente y la infantería en círculo, mujeres y heridos al centro, pues están rodeados.

Es 7 de julio y el sitio se llama Otumba. Hernán piensa que es día y un sitio tan bueno como cualquier otro para morir y le pide a Olmedo que rece un responso que toda la tropa atiende arrodillada. Con el Sol en todo lo alto, Tonatiuh, se inicia la batalla. Los mexicas, fieles a su estilo, persiguen

capturar vivos a los españoles, que tajan y amputan de barato. Aguanta así bien el cuadro varias horas, pero no puede hacerlo para siempre. Cortés ve a su general en sus andas dirigiendo a su ejército y le llega una inspiración, una idea desesperada, le grita a Sandoval, Olíd, Domínguez y Salamanca, que le sigan ¡*Santiago y a ellos!* Piedras y saetas le lanzan rozando el casco pero para él sólo existe ese emplumado. Le quedan aún muchas varas por delante pero ya ve el terror de lo inesperado en sus ojos. Por milagro (4º) no es caído, llega y le lancea. Juan de Salamanca lo remata en el suelo, le toma el estandarte y se lo entrega. Éste, lo levanta, los indios le ven con él, gritan, se desbaratan y salen huyendo, se lo devuelve a Juan, pues él lo había ganado. Los capitanes y señores soldados ven la desbandada y de seguido se arrodillan y rezan dando gracias al Señor por el Milagro concedido. ¡Señor, Santiago, vuestra es tan gran Victoria! ¡Salvada es Nueva España!

A paso largo, agotados, entran en tierras de Tlaxcala y llegan a Hueyohtlipan, donde les reciben muy amorosa y calurosamente y les dan de comer; unos se lo regalan y otros se lo cobran en oro. También lloran por los valientes guerreros que les faltan. Parece que los españoles están a salvo. Parece. Cuitláhuac, nuevo Tlaotani, después de la derrota en Otumba, ha enviado a Tlaxcala a seis emisarios suyos con regalos, algodón, plumas, sal y la promesa de más regalos a los tlaxcaltecas si le niegan la ayuda a Cortés. A Xicotécatl el joven le gusta la oferta mexicana y quiere enseguida aceptarla; matemos a todos los teules, están heridos y agotados, son vulnerables. Su ciego padre Xicotécatl el viejo y Maxixcatzin le responden que eso no sería correcto, que sería traicionar una previa alianza y mostrar crueldad y traición a hombres tan necesitados a los que se les había jurado amistad hace poco. La discusión ha acabado mal, el joven se ha ido contra ellos y le han arrojado gradas abajo (días más tarde, se descubrirá una conspiración suya y será preso por los mismos tlaxcaltecas). Y bastante más tarde, Cortés le ahorcará por sedición cuando se inicie la operación de asedio a Tenochtitlan y abandone su posición y bandera. Hasta Alvarado, su cuñado, ruega por él, pero no hay manera; Cortés siempre temió una revuelta suya en cualquier momento).

Los dos jefes viajan a Hueyohtlipan y se entrevistan con Hernán; lamentan la muerte de sus soldados, le recuerdan que ya le advirtieron contra los falsos mexicanos y... negocian la ayuda. Nada es gratis en la vida. Quieren quedarse Cholula para ellos. Cuando se conquiste Tenochtitlan, quieren construir su propia fortaleza dentro y repartir a medias con los españoles el botín que se consiga. No quieren volver a pagar tributos a Tenochtitlan jamás. Cortés acepta todas sus condiciones en nombre de la reina doña Juana y su hijo el rey Carlos y de la corona real de Castilla. Qué remedio, no hay

negociación posible desde su posición de debilidad (En 1535, la ciudad de Tlaxcala recibirá su blasón como premio a su apoyo y lealtad).

Apenas tres semanas de descanso les concederá el Capitán General a sus huestes. Reclama refuerzos a la Villa Rica, que le envía lo poco que tiene. Los hombres más afines a Velázquez ya quieren abandonar la empresa y regresar a Cuba; tiene que sacar los galones y amenazarles con la soga si se atreven a marcharse. En este momento, además de herido en su honor, Cortés es un hombre arruinado; ha perdido todo patrimonio entre los barcos varados y barrenados en la Villa Rica, caballos, tiros, armas y oro perdido en el lago la noche de la retirada. Hernán se cruza en el real con María de Estrada, armada y peligrosa (sí, una española que naufragó hace años en Cuba, fue esclavizada por un cacique, rescatada por Velázquez y ahora es soldado a las órdenes de Cortés) dispuesta a salir y le dice que adónde va, que se quede a descansar y a seguro. Su respuesta le deja sin posibilidad de réplica alguna:

No es bien señor Capitán, que las mujeres españolas dejen a sus maridos yendo a la guerra; que allí donde ellos muriesen moriremos nosotras, y es razón que los indios entiendan que somos tan valientes los españoles que hasta sus mujeres saben pelear.

Inicia las hostilidades contra Tepeaca y las ciudades cercanas, porque sus espías le informan de que se están estacionando contingentes de guerreros mexicas y que han masacrado a una caravana de hombres que marchaba detrás de Cortés, camino de Tenochtitlan, cuando voló a ayudar a Alvarado (concretamente, en Tecoaque, “lugar en donde se comieron a los señores o dioses”, donde más tarde se hallarán restos de tlaxcaltecas y españoles, hombres, mujeres, niños y caballos).

El valle del Anáhuac es mientras el escenario de una febril diplomacia desplegada por mexicas y españoles, es momento en el que cada pueblo está decidiendo tomar partido por unos o por otros. Mientras Cuitláhuac envía mensajeros a todas las tierras y provincias y ciudades sujetas a su señorío, a decirles a sus vasallos que les perdona un año de los tributos a los que son obligados y que, por todas las maneras que puedan, les hagan muy cruel guerra a todos los cristianos hasta matarles o echarles de la tierra, así mismo a todos los naturales que les fuesen amigos y aliados, a Cortés no hacen más que llegarle peticiones de ayuda de otros pueblos que denuncian los abusos de los mexicas y que no puede atender por falta de efectivos. El 4 de septiembre de 1520 funda la ciudad de Segura de la Frontera (hoy, otra vez Tepeaca) a mitad de camino entre Tenochtitlan y Villa Rica de la Veracruz,

con el objetivo de cortar el suministro a la capital desde el mar y tener un refugio seguro y base de operaciones en la ruta. Empieza a recibir noticias sorprendentes y esperanzadoras de la Villa Rica de la Veracruz, a la que no paran de arribar naves de Garay que, viendo muy complicada la conquista del Pánuco (un poco más al norte de la Villa Rica), la abandonan y se pasan a sus órdenes. Los refuerzos y los pertrechos son tan numerosos, que da licencia los hombres de Velázquez para que vuelvan a Cuba. Mejor sólo que mal acompañado. Envía barcos a Jamaica a por más caballos y armas y a La Española a defender su versión de los hechos ante los frailes jerónimos y la Real Audiencia de Santo Domingo, y a Sevilla envía a Diego de Ordás con oro y la Segunda Relación para el rey Carlos. También hay sitio para las malas noticias; con gran tristeza recibe la noticia de que su hermano y gran amigo y leal vasallo de S.M. el señor Maxixcatzin ha fallecido de viruelas.

Es momento de hacer un recuento y saber qué ha sido de los once capitanes que salieron con él de La Habana hace año y medio. Cronológicamente; Portocarrero y Montejo fueron enviados a Castilla con la Carta del Cabildo de la Villa Rica de la Veracruz y el tesoro para el rey Carlos. Escalante, fue muerto en Nautla. Morla, Saucedo y Velázquez de León, cayeron la noche del 30 de junio de 1520 cuando no todos consiguieron retirarse a salvo de Tenochtitlan. Dávila, ha salido en misión a La Española. Ordás, en breve partirá en misión a Castilla, como procurador. En resumen, sólo le quedan Alvarado, Olíd y Sandoval como capitanes en quienes confiar. El resto de mandos, gente nueva de Garay.

¿Y cuál es el plan? Le preguntan los tres capitanes a Cortés. La sitiaremos y rendiremos por hambre, les contesta. El escenario es enorme, Capitán. No se preocupen, ya tenemos hombres de sobra y tendremos más. Ya conocen, por haberla sufrido, la gran debilidad de la plaza; dependiente totalmente del exterior para poder sobrevivir; necesita los víveres y el agua. Cerraremos el paso por las calzadas hasta que Cuitláhuac se avenga a parlamentar y a entregarnos la ciudad. Habrán oído de Numancia, rendida por el Escipión en trece meses. Podemos cortar las puentes y aislarles, pero serán abastecidos por las barcas ¿cómo vamos a detener ese tráfico? Hundiendo y quemándolas una a una, si es necesario. Recuerden que no teníamos madera para construir barcas para nosotros y poder escapar de la ciudad después de que nos quemasen los cuatro bergantines que eran nuestra mejor opción de evacuar. Construiremos más de ellos y controlaremos el lago. Ganaremos un puerto, Texcoco he pensado, para botarlos. Manda a Martín López, carpintero de ribera, a la sierra con la misión de elegir los mejores árboles y de construir las naves en el río Zahuapan, para después desmontarlos y transportarlos por piezas al lago. Le da cuatro meses para hacerlos y le ordena viajar de inme-

diato a la Villa Rica para traer cuadernas y timones de las naves, tablazón y piezas de las de Narváez que en peor estado estén, clavazón, pez y estopa, velas y remos y todo lo necesario de las nuevas llegadas del Garay. De conseguir ganar el puerto de Texcoco, la distancia a recorrer desde Zahuapan para llevarlos al lago es de dieciocho leguas, ciento ocho km. La columna tiene dos leguas de largo entre la vanguardia y la retaguardia y son necesarios ocho mil tamemes. Han leído bien. El convoy mide de largo doce kilómetros.

De Tenochtitlan llega la noticia de que el tlaotani Cuitláhuac, hermano de Moctezuma, ha muerto de viruela y que el nuevo tlaotani es Cuauhtémoc, primo de Moctezuma. Todo queda en familia.

Antes de partir a la guerra, el 22 de diciembre de 1520, Hernán promulga las Reales Ordenanzas que regirán la disciplina en su el ejército (orden, castigos y reglas de enfrentamiento) entre las que destacan la absoluta necesidad de respetar a los locales y sus posesiones. Y vaya si se aplicarán. El 28, día de los inocentes, el contingente se pone en marcha en dirección al lago. Tras alguna escaramuza por el camino llega a Texcoco el último día del año; la ciudad está desierta. Proclama que ningún español sin licencia salga del real, so pena de muerte. A los tres días, llegan varios señores de ciudades ribereñas del lago llorando para que les perdone las peleas anteriores. En realidad, son mensajeros-espías de Tenochtitlan para sondear sus intenciones de guerra. Cortés los libera y envía con ellos un mensaje de paz a Cuauhtémoc.

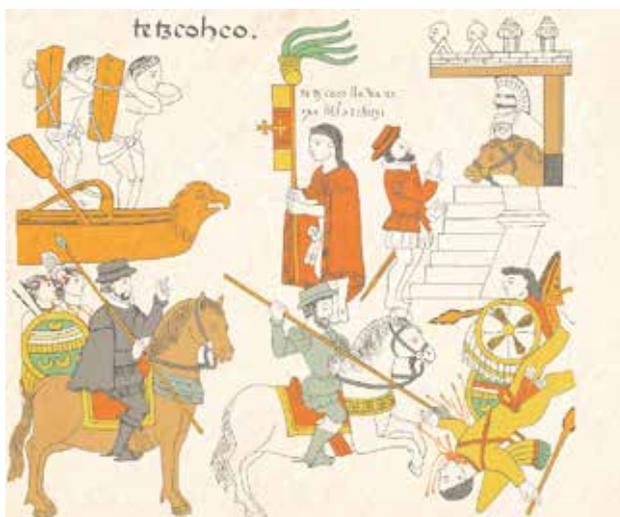


Lámina n° 41 del Lienzo de Tlaxcala. El 31 de diciembre de 1520 los españoles y sus aliados establecieron el campamento base en Texcoco.

Dibujo de Alejandra Rodríguez

Sale para Iztapalapa donde cae en una trampa. Hasta ahora no les había contado a Uds. que el lago está dividido en dos por una albarrada; el este, lleno de agua salobre, y el oeste, donde reposa la ciudad, de agua dulce. Los mexicas rompen la albarrada y la diferencia de cota inunda la ciudad y los campos, casi de noche Cortés se percata de la subida del nivel del agua y ordena la retirada a toda prisa. Los españoles tienen la primera baja en campo abierto.

Envía a Sandoval a comprobar cómo va la construcción de los bergantines y a elegir la mejor ruta hacia el lago, a Texcoco, y después sale para Calco, que también presta vasallaje. Cuauhtémoc se está quedando solo.

A finales de enero de 1521, los bergantines están terminados y se apresta el convoy. Destaca a Sandoval con quince de caballo y doscientos peones para escoltarlos. El capitán tlaxcalteca se toma a mal ser colocado a retaguardia del convoy, cree que es una posición de cobardes y se lo toma como una afrenta. Sandoval, para convencerle de lo contrario, hace los cuatro días de viaje a su lado. Ningún problema surge en el traslado y los bergantines se montan en un canal alejado de la orilla del lago para evitar que sean incendiados.

Los de Otumba, (¿se acuerdan?) se llegan al real a ofrecer su vasallaje, que dicen que fuesen engañados por los mexicas. Una a una, las ciudades del sur y oeste del lago van cayendo, las calzadas tomadas; han llegado incluso al oeste, a Tacuba, la tierra firme anhelada aquella infame noche de la retirada. Se toman varias ciudades-fortaleza en altos, donde la resistencia es muy seria y las peleas muy duras pero Cortés está determinado a no dejar enemigos a sus espaldas. Las luchas son encarnizadas y por fin tomadas. Otras ciudades que se pasan al bando español son atacadas por los mexicas en represalia y auxiliadas por Cortés. Con la toma de Xochimilco se completa del control de la parte sur del lago. El caballo de Cortés en ese momento, Romo, cae despatarrado en la calzada y Cortés es casi capturado, pero Cristóbal de Olea le salva. No será la única vez. Se entablan las primeras conversaciones de paz con los mexicas, separados por una de las zanjas, y se les pide que se rindan, que están casi rodeados, que morirán de hambre. Ni caso.

10 de mayo de 1521. Con los trece bergantines ya flotando en el agua en Texcoco, Cortés divide su ejército en cuatro cuerpos:

A Pedro de Alvarado, con 30 de caballo, 18 ballesteros y escopeteros, 150 peones de espada y rodela, y 25.000 hombres de guerra de los de Tlaxcala, le ordena destacarse en la ciudad de Tacuba.

A Cristóbal de Olíd, con 33 de caballo, 18 ballesteros y escopeteros, 160 peones de espada y rodela, y 20.000 hombres de guerra de nuestros amigos, le hace asentar su real en la ciudad de Coyoacán.

A Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, con 24 de caballo, 17 escopeteros y ballesteros, 150 peones de espada y rodela, y 30.000 hombres de guerra de nuestros amigos, le ordena ir a Iztapalapa a destruirla y pasar adelante por una de las calzadas de la laguna, protegiendo desde tierra la llegada de los bergantines, y unirse a Olíd, para que después de que entre Cortés con los bergantines a la laguna, asiente su real donde mejor le parezca.

Exacto, Cortés se ha reservado el mando de la flota de trece bergantines con cerca de 300 hombres, todos gente del mar y bien diestra, de manera que en cada bergantín van 25 españoles, y cada fusta lleva su capitán y veedor y 6 ballesteros y escopeteros.

Por cierto ¿se han fijado en la proporción? 900 españoles y 75.000 indios. La Conquista la hicieron los indios de todos los pueblos hartos de los mexicas, dirigidos por los españoles. Apenas un 1% de coordinación y estrategia, frente a un 99% de fuerza bruta.

Antes de iniciarse la campaña anfibia, Cortés es aún víctima de una conspiración de hombres de Velázquez; uno de los que conoce la trama le advierte; Antonio de Villafaña va a apuñalarle mientras come con sus capitanes, que también son objetivo de ese atentado. Es detenido en posesión de una lista de conspiradores que Cortés lee, suspira y guarda. Por no inflamar la situación les dice a todos que Villafaña se la ha comido. Le ahorca colgándole de una ventana. A partir de este momento, se rodea de una guardia de corps con Antonio de Quiñones y seis hombres más.

El día de Corpus-Christi se hace el ataque anfibio combinado contra Iztapalapa. Las canoas de Tenochtitlan enfilan hacia los bergantines, que permanecen quietos hasta tenerlas a dos tiros de ballesta y entonces se hacen a la vela y les pasan por encima, luego persiguen durante tres leguas a las que huyen, llegan a la calzada, desembarcan y ponen un tiro grueso que barre la misma. Iztapalapa se queda sin socorro. Las guarniciones de Olíd, Sandoval y los barcos de Cortés pasan la noche en la calzada. A la mañana siguiente, Alvarado se llega desde Tacuba para informar que los mexicas salen y entran a tierra firme por una calzada al norte que aún no se controla y Hernán destaca a Sandoval a ella 23 de caballo, 100 peones, y 18 ballesteros y escopeteros. Tenochtitlan queda por fin totalmente sitiada, sin posibilidad de auxilio.

La siguiente fase es el lento avance por las calzadas, las asignadas a Alvarado y Sandoval, metro a metro, rellenando de barro y piedras cada zanja. Van siempre atentos a los lados porque son atacados desde las canoas

y llevan un ojo a la espalda, porque en cualquier momento pueden quedarse aislados.

Cortés divide su flota y les asigna tres bergantines a Alvarado y a Sandoval, reservándose siete para él. El hostigamiento a las canoas es constante, se hunde cualquiera que intenta salir o entrar con víveres. El mismo sitio al que fue sometido Alvarado (y luego todos), pero vivido a la inversa. Ya dije que la plaza es mala de defender. Aún así, lo ganado durante el día se pierde por la noche; no se puede dejar un retén después de agotarse en la pelea. Las pequeñas aldeas lacustres que hasta ahora han sido testigos de la pelea, se ofrecen a Cortés. Unos días más tarde, Alvarado comete un grave error; entra sin asegurar la retaguardia y cae en una emboscada; se le llevan cuatro españoles al sacrificio. Si las relaciones entre Cortés y Alvarado ya están mal desde la retirada (Sandoval es su ojito derecho, siempre recurre a él) a partir de ahora, irán a peor. Y eso que se había marcado un buen tanto ante el Capitán General al romper el caño que desde Chapultepec abastecía a la ciudad de agua dulce.

Los capitanes y soldados están más que hartos de la situación; no quieren tener que abandonar por la noche lo que tanto esfuerzo, fatiga y bajas les cuesta por la mañana, y exigen a Cortés llegar al mercado y tomarlo y hacerse fuertes allí. A regañadientes, Hernán accede y las tres guarniciones convergen sobre él. Pasan una zanja que creen bien firme rellena de cañas, barro y piedras, pero la pasarela se viene abajo y cuando se quedan aislados, miles de mexicas desesperados se les echan encima. Cortés es herido y capturado pero Olea llega de nuevo para salvarle y esta vez, su valerosa acción le cuesta la vida. En la desastrosa acción, se tienen miles de bajas aliadas, se pierde un bergantín y sesenta y ocho españoles son capturados. Diez son decapitados en el acto y sus cabezas son arrojadas hacia el ejército aliado. Los otros cincuenta y ocho son sacrificados en el Templo Mayor, a la vista de la horrorizada hueste. Cortés busca desesperadamente a Sandoval y Alvarado, a los que también halla heridos, pero vivos. Tienen de regresar al real; casi a la casilla uno. El desbarato es tan grande que las ciudades que han ganado en tierra firme empiezan a rebelarse, hasta que llegan refuerzos tlaxcaltecas que toman la iniciativa de los ataques.

Cortés no quiere ver la ciudad destruida y las ofertas de paz a Cuauhtémoc son constantes. Envía a Malintzin de embajadora, pero todas las peticiones de mantener una cumbre son rechazadas. Un detalle importante que me interesa recalcar; mientras Cortés siempre actúa en primera línea con el mayor de los riesgos, al tlaotani jamás se le ve en el frente.

Ante la negativa a hablar y pactar, la estrategia cambia radicalmente y nunca más se va a dar un paso sin asegurar antes la posición. Guerra urbana.

Se gana la ciudad manzana a manzana, casa a casa, que inmediatamente se quema y derriba para evitar emboscadas; para eliminar las posiciones desde dónde se les arroja piedras y para tapar con sus escombros las zanjas. Lenta, pero inexorablemente, se asola la ciudad. Para el día del patrón Santiago, se alcanza la plaza principal y la calzada de Tacuba (la de aquella infame noche) y ya hay comunicación directa con el real de Alvarado a través de las calzadas que atraviesan el lago. De ocho partes de la ciudad ya están tomadas siete. El siguiente paso, es tomar el mercado. Como ya les queda poca pólvora, se determina construir un trabuco (catapulta romana), pero el lanzamiento sale perfectamente vertical y la piedra al caer casi aplasta a los improvisados ingenieros. Los mexicas, que curiosos y demacrados han visto el montaje del artillero, casi se mueren, pero de risa, al ver la escena.

Siguen las ofertas de paz y los intentos de mantener una reunión con Cuauhtémoc para ofrecerle una rendición honrosa. El tlatoani siempre dice que se va a presentar y luego nunca se presenta a las conversaciones. No hay más remedio que seguir la misma táctica.

De repente, una mañana, hay gran alboroto. Le avisan de que el bergantín de García Holguín ha capturado a varios señores que huían en una canoa; entre ellos a Cuauhtémoc. Es llevado de inmediato ante Cortés, que le trata rudamente. El tlatoani le dice que ha hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse a sí y a los suyos hasta venir a aquel estado, que ahora.

“...hiciere de él lo que yo quisiese y puso la mano en un puñal que yo tenía, diciéndome que le diese de puñaladas y le matase. Y yo le animé y le dije que no tuviese temor alguno. Y así, preso este señor, luego en este punto cesó la guerra, a la cual plugo a Dios Nuestro Señor dar conclusión en martes, día de San Hipólito, que fue 13 de agosto de 1521”

Han sido noventa y cinco de asedio. Tenochtitlan ha sido ganada. Se celebra una Santa Misa y una gran fiesta después.

Aunque les deje aquí el relato, conviene decirles que Cortés no paró nunca quieto y que continuó con sus empresas; esa absurda persecución por Las Hibueras (Honduras) tras Olid (que estaba jugando a lo mismo que él; la dichosa proactividad) y que casi le cuesta la vida, varias exploraciones del Mar de Cortés y de las Californias (sí, le debemos sus nombres a él) y el envío de una Armada de rescate nada menos que a buscar al primer hombre que había dado la vuelta al Mundo, Juan Sebastián de Elcano, que pilotaba la escuadra de Fray Francisco José García Jofré de Loayza, y que repetía el

primer viaje y buscaba a la nave Trinidad que se había quedado en reparación en el Maluco con Gonzalo Gómez de Espinosa.

Hernán Cortés es un símbolo de España y, por ello, paradigma de la Leyenda Negra. El hallazgo de este término se lo debemos al historiador Julián Juderías, que lo acuñase en su obra homónima de 1914 para definir el escandaloso ataque coordinado contra la autoestima de España; amplifica o inventa nuestros errores, oculta o se adjudica nuestros logros, obvia el análisis comparativo temporal, examina todo según los prejuicios actuales y, ya de remate, lo tiñe de ideología actual y presentismo. Seguro que conocen todos estos síntomas, se ven a diario. Pero, por mucho que nos hayan intentado convencer de ser una anomalía, España jamás ha sido una mala excepción. Más bien, lo contrario. Es por eso que los logros de Cortés hoy son denostados, manipulados y presentados como las acciones de un fanático religioso, cruel, lascivo y avaricioso. Y nada más lejos de la realidad. Parece que cuanto más grande es la sombra que una figura proyecta, más se ha de trabajar en sus cimientos para poder derribarla. No sólo por los seculares enemigos de lo hispano, sino por otros muchos españoles contaminados por esta exitosa propaganda, capaz incluso de convencer a los herederos de los protagonistas. Ya les he hablado de su constante aplicación de la diplomacia y de su interés en permitir la fusión de las sangres y la aparición del mestizaje, y esas no son las cualidades habituales de un genocida.

A su muerte, durante los siglos XVI y XVII, su figura se exalta en poemas épicos a mayor gloria del héroe. En el XVIII se incide más en el drama y en el XIX, con la caída del Imperio, su imagen se torna oscura los criollos por el interés netamente político de emanciparse de España. La prensa muestra un Virreinato de Nueva España dividido entre los que le acusan de haber impedido su libre evolución mexicana y los que le agradecen haberles sacado de la misma barbarie, entre los que desean quedarse para ellos con el ingente esfuerzo integrador imperial durante tres siglos y los que aún le son leales al Imperio. Las guerras napoleónicas nos impiden en ese momento que podamos atender correctamente ambos frentes, bastante tenemos ya en la península, y las constantes injerencias británicas, esa presunta ayuda, socavan la relación, pues apoyan secretamente la independencia a través de la formación de sus líderes. Ya en el XX (el siglo más sangriento de la Historia de la Humanidad) con la aparición del indigenismo, aparecen numerosas obras en contra de su legado e, incluso se le juzga y condena en Guadalajara a los cuatro siglos de sucedidos los hechos. Los mexicanos de hoy día tienen el corazón artificialmente dividido y una parte de su ADN lucha por imponerse sobre la otra, cuando no hay motivo real para ello; somos hermanos.

Su figura es colosal, una de las mayores de la Historia, y sin embargo es totalmente desconocido hasta para sus propios compatriotas. Sirva este sencillo homenaje mío (que es diario en Twitter, ya saben, @HernnCortes) en el que tan sólo quiero añadir las palabras que le dedicó nuestro Fénix de los Ingenios, don Lope de Vega;

*Cortes soy, el que venciera
por tierra y por mar profundo
con esta espada otro mundo
si otro mundo entonces viera.*

*Di a España triunfos y palmas,
con felicísimas guerras.
Al Rey infinitas tierras
y a Dios infinitas almas.*

BIBLIOGRAFÍA

- CORTÉS, Hernán: *Cartas de Relación (1519, 1520, 1522, 1524 y 1526)*.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal (1575): *La Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*.
- GIL IBÁÑEZ, Alberto (2018): *La Leyenda Negra, historia del odio a España*.
- KIRKPATRICK, F.A. (1934): *Los conquistadores españoles*.
- LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco (1552): *Historia General de las Indias*.
- MIRALLES, Juan (2001): *Hernán Cortés, inventor de México*.
- ROCA BAREA, M^a Elvira (2016): *Imperofobia y Leyenda Negra*.
- THOMAS, Hugh (1993): *La Conquista de México*.
- VÉLEZ, Iván (2016): *El mito de Cortés*.
- (2018): *Sobre la Leyenda Negra*.